

ZEKE FAUX

El precio siempre sube

El alocado ascenso de las criptomonedas
y su estrepitosa caída



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Éxito

EL PRECIO SIEMPRE SUBE

Zeke Faux

1.ª edición: septiembre de 2024

Título original: *Number Go Up*

Traducción: *Daniel Aldea*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2023, Zeke Faux

Título publicado por acuerdo con Currency,
sello editorial de The Crown Publishing Group,
una división de Penguin Random House LLC.

(Reservados todos los derechos)

© 2024, Ediciones Obelisco, S.L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-203-2

DL B 13970-2024

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo.....	9
1. «¡Soy el maldito Nostradamus!».....	15
2. La tecnología detrás de «el precio siempre sube».....	23
3. Doula para la creación.....	43
4. El cirujano plástico.....	61
5. Hacerse ridículamente rico.....	71
6. Trucos del gato y el ratón.....	81
7. «Una fina capa de hielo».....	87
8. Me llamo Chalopin. Jean Chalopin.....	97
9. Criptopiratas.....	111
10. Imagina algo al estilo Robin Hood.....	129
11. «Pongámonos raros».....	141
12. «Clic, clic, clic, gana dinero, gana dinero».....	161
13. Jugar para ganar.....	173
14. Ponzieconomía.....	183
15. Me he quedado sin monos.....	199
16. Es la comunidad, hermano.....	211
17. Coles y nabos.....	225
18. Estafa de la «matanza del cerdo».....	239
19. «Somos libres».....	259
20. No aceptamos Bitcoin.....	277
21. La miel es mejor.....	287
22. Los activos no están bien.....	295
23. Dentro de la Orquídea.....	305

Epílogo.....	323
Agradecimientos.....	339
Aclaración sobre las notas.....	343
Índice analítico.....	345

Para Nikki

Prólogo

Nassau, las Bahamas
17 de febrero de 2022

Valor total del conjunto de criptomonedas existentes:
2 billones de dólares
(Sí, billón con «b»)

—No le voy a mentir —me dijo Sam Bankman-Fried.

Era mentira.

Estábamos en su despacho de las Bahamas. Yo acababa de acercarme a la silla a su escritorio y poner en marcha la grabadora. Estaba allí por encargo de Bloomberg, donde trabajaba como periodista de investigación, para entrevistar al hombre que estaba en el ojo del huracán del sector de las criptomonedas, un huracán que amenazaba con barrer todo el planeta.

Mientras miraba fijamente los seis monitores que tenía delante y comprobaba continuamente la bandeja de entrada de sus diversos correos electrónicos, Bankman-Fried me aseguró que él siempre daba su más sincera opinión cuando le preguntaban sobre las criptomonedas. Aunque no hacía mucho la revista *Forbes* lo había declarado la persona menor de treinta años más rica del mundo, su aspecto era el de un estudiante que acabara de despertarse después de pasarse toda la noche en la biblioteca. Iba desaliñado y descalzo, vestido con unos pantalones cortos azules y una camiseta gris con el logo de su plataforma de criptodivisas: FTX. Tenía el pelo rizado y alborotado, y la marca que

le habían dejado los auriculares era tan pronunciada que parecía una oveja a medio esquila. Sobre la mesa de su escritorio había un paquete abierto de garbanzos korma: el almuerzo del día anterior.

Mi intención era la de escribir un artículo sobre el niño prodigio de las criptomonedas, el hombre que, a los veintinueve años, parecía conocer mejor que nadie el futuro del dinero. Su ascenso había sido tan meteórico que su predicción de que, algún día, FTX se apoderaría de todo Wall Street resultaba bastante verosímil. Disponía de una riqueza valorada en unos 20 000 millones de dólares, pero, según decía él mismo, sólo se había hecho rico para poder dárselo todo a los demás. Tenía un Toyota Corolla y le gustaba dormir en la oficina, en un sillón tipo puf que tenía justo al lado de su escritorio.

Era una historia poderosa. El único problema es que no era verdad. Mientras los medios de comunicación, los políticos, el capital riesgo y los inversores lo elevaban a la categoría de prodigio caritativo –un Warren Buffett o un J. P. Morgan de la era digital–, secretamente malversaba miles de millones de dólares de sus clientes y los derrochaba en malas operaciones, promociones a famosos y la compra compulsiva de propiedades isleñas, como si no fuera más que un capo de la droga.

Me gustaría poder decir que fui yo quien lo destapó todo, el heroico investigador que sacó a la luz uno de los mayores fraudes de la historia. Pero, por desgracia, yo también caí en su trampa, como todo el mundo. Pese a estar sentado frente al mayor estafador desde Bernie Madoff, con todos sus correos electrónicos, chats internos y registros de operaciones a la vista, en aquel momento no tenía ni la menor idea de lo que estaba tramando.

—Puede utilizarme como fuente de información –añadió mientras daba rápidos golpecitos en el suelo con los pies enfundados en calcetines negros–. Ésa es una de las cosas más importantes que me gustaría transmitir.

—Tiene sentido –le contesté, asintiendo amablemente.

Tenía ciertas sospechas. Desde que empecé a indagar en el mundo de las criptomonedas, no había visto más que señales de alarma. ¿Por qué todas las empresas del sector tenían su sede en paraísos fiscales? ¿Y por qué todas esas monedas virtuales supuestamente valían decenas de

miles de millones de dólares? Dados sus precarios cimientos, ¿debíamos temer por el futuro de las finanzas? ¿O simplemente era todo una estafa?

No obstante, cuando visité el refugio caribeño de Bankman-Fried, la lógica del mundo financiero ya se había venido abajo. Casi nadie sabía para qué servían las criptomonedas. Ni siquiera los supuestos expertos podían explicar el fenómeno. No estaba claro qué valor podían tener, si es que tenían alguno. Sin embargo, desde 2020 hasta principios de 2022, los precios de Bitcoin y de muchas otras monedas menores —con nombres tan ridículos como Dogecoin, Solana, Polkadot o Smooth Love Potion— no hicieron más que subir. Mientras yo estaba en las Bahamas, se hicieron operaciones con criptomonedas por valor de más de 500 000 millones de dólares, y el valor de mercado de todas las monedas existentes superaba ya los 2 billones de dólares.

Los promotores de las criptomonedas aseguraban que estaban encabezando una revolución que democratizaría las finanzas y conduciría a una riqueza generacional para aquellos que creyeran en ella. El impacto de la subida de precios noqueó a los escépticos, y la jerga incomprensible hizo el resto. *Cadena de bloques. DeFi. Web3. El metaverso.* El significado de estos términos era lo de menos. Los periódicos, la televisión y las redes sociales bombardeaban a los inversores potenciales con historias de gente normal que invertía en criptomonedas y se hacía rica rápidamente.

Las criptos parecían una gigantesca máquina tragaperras que había sido manipulada para que siempre diera premio. Cientos de millones de personas en todo el mundo cayeron en la tentación de tirar de la palanca. Todo el mundo conocía a alguien a quien le había ido bien. Y cuanto más gente compraba, más subían los precios.

Nada de esto se tradujo en un movimiento de masas para utilizarlas en el mundo real. Nadie se deshizo de sus tarjetas de crédito, cerró sus cuentas bancarias, ni abandonó el dólar o el euro en favor de, por ejemplo, las monedas Cardano. Ahora bien, los charlatanes, fanáticos, oportunistas y estafadores que crearon la fiebre de las criptomonedas se hicieron increíble, inimaginable e imposible ricos.

Bankman-Fried me dijo que cinco de sus colegas de FTX eran multimillonarios. Y ésa era sólo una de las muchas empresas dedicadas a las

criptomonedas. Muchas empresas de nueva creación poco rentables y con planes de negocio de dudosa legalidad estaban valoradas en miles de millones de dólares. Changpeng Zhao, fundador de otra plataforma de criptomonedas llamada Binance, amasó una fortuna estimada de 96 000 millones.¹ Las cifras empezaron a ser tan descomunales que incluso las fantasías más delirantes sobre las criptomonedas parecían razonables. Daba la sensación de que nada podía detener su meteórico ascenso.

Hasta que, por supuesto, el castillo de naipes se vino abajo. A partir del verano de 2022, se hizo público que muchas cryptoempresas eran en realidad un fraude. La burbuja reventó. De la noche a la mañana desaparecieron unos 2 billones de dólares de valor de mercado. Los multimillonarios quebraron. Millones de personas normales y corrientes perdieron sus ahorros. Las autoridades financieras, que hasta entonces habían permitido que los estafadores camparan a sus anchas, decidieron que por fin había llegado el momento de aplicar la ley. Bankman-Fried y muchos de sus socios fueron detenidos. Las criptomonedas no desaparecieron del todo, pero la fiebre se redujo considerablemente.

Ésta es la historia de la mayor fiebre financiera que el mundo ha conocido nunca. Todo empezó con una investigación periodística sobre una moneda denominada Tether, la cual cumplía unas funciones similares a las de un banco para el sector crypto. Sin embargo, la investigación acabó transformándose en un viaje de dos años que me llevaría a destinos tan dispares como Manhattan, Miami, Suiza, Italia, las Bahamas, El Salvador o Filipinas. La historia se sustenta en cientos de entrevistas que mantuve con personas que trabajaban en todos los niveles del sector de las criptomonedas, desde jugadores a programadores, promotores o multimillonarios. Estuve en sus yates y fiestas durante el momento álgido del frenesí, y los visité en sus refugios privados cuando las autoridades estaban cerrando el círculo a su alrededor.

1. Tom Maloney, Yueqi Yang, Ben Bartenstein: «World's Biggest Crypto Fortune Began with a Friendly Poker Game», Bloomberg, 9 de enero (2022).

Desde el principio he creído que las criptomonedas eran una chorrada. Lo que no imaginaba antes de empezar es que lo fueran tanto. Nunca se había generado tanta riqueza con una estrategia tan endeble. Pero lo que más me sorprendió no fue la vacuidad de los *criptobros*,² sino cómo su imprudencia tuvo consecuencias devastadoras para miles de personas en todo el mundo. Al final, mi investigación me llevó a Camboya, donde descubrí la relación entre las criptomonedas y la financiación del tráfico de seres humanos por parte de la mafia china.

Le propuse el libro a mi editor en noviembre de 2021, en el momento álgido de la fiebre, con la premisa de relatar las catastróficas consecuencias del inminente desplome del sector. Tres meses después, estaba sentado en la oficina que Bankman-Fried tenía en las Bahamas, mirando las pantallas que había detrás de su rizada cabeza. Por entonces desconocía completamente el gigantesco fraude que se estaba gestando justo delante de mis narices. De hecho, en aquel momento empezaba a pensar que nunca llegaría a descubrir el secreto detrás del auge cripto.

Por entonces, estaba convencido de que gran parte de las empresas de criptomonedas no eran más que un fraude piramidal, pero que la burbuja aún no había estallado. El sector iba viento en popa. No era descabellado pensar que aquella locura pudiera extenderse más allá de la fecha límite que barajaba. O quizá el sector ganaría tantos adeptos que se volvería imparable. No tenía ni idea de cómo iba a terminar el libro.

Después de haber pasado unas cuantas horas juntos, decidí pedirle consejo a Bankman-Fried. Se trataba de una mezcla entre táctica periódica y genuina petición de ayuda. En realidad, no esperaba que me dijera que todo el sector era un fraude, pero quería ver si estaba dispuesto a orientarme en la dirección adecuada. De modo que le expuse el dilema narrativo en toda su crudeza. Le conté mi teoría: cabía la posibilidad de que la moneda llamada Tether, el supuesto criptobanco seguro que servía de pilar para el resto de las criptodivisas, fuera frau-

2. Término con el que se denomina a los adeptos de este tipo de inversiones; a partir de ahora, adeptos o entusiastas de las criptos. (*N. del T.*)

dulenta y que, por tanto, acabara provocando el derrumbe de todo el sector.

Bankman-Fried me aseguró que estaba equivocado. Las criptomonedas no eran una estafa, y Tether tampoco lo era. Pero no se ofendió con mi pregunta. Dijo que entendía perfectamente mi problema. Entonces hizo algo que, en aquel momento, no me pareció extraño. Sin embargo, sabiendo lo que sé ahora, no puedo evitar preguntarme si no estaría intentando confesarme algo de forma indirecta.

Cuando estaba a punto de explicarle algo más, me interrumpió asintiendo con la cabeza. En tono jocoso, me dijo:

—¿No crees que la narrativa sería mucho más atractiva si pudiéramos decir: «Mierda, es el mayor esquema Ponzi de la historia»?

Efectivamente.

CAPÍTULO UNO

«¡Soy el maldito Nostradamus!»

Brooklyn, Nueva York
Enero de 2021

En enero de 2021, en plena pandemia del coronavirus, mi amigo Jay escribió un mensaje en el chat de compañeros del instituto diciendo que había invertido unos cientos de dólares en algo llamado «moneda doggie»¹ y que deberíamos hacer lo mismo. «Aparte del nombre, no sé muchas más cosas –escribió en el chat–. Estoy muy aburrido».

Ni siquiera acertó con el nombre. En realidad, se llamaba «Dogecoin», y era una criptomoneda basada en el meme de un perro shiba inu mirando hacia un lado. No importa cómo un chiste de perros llegó a convertirse en un activo financiero; el creador de Dogecoin tampoco sabe muy bien cómo pasó.² Como la mayoría de las criptodivisas, no tenía «ingresos» ni «beneficios». No existía ninguna razón por la que debiera tener algún valor.

Le expliqué todo esto a mi amigo. Además, Dogecoin ni siquiera tenía gracia como chiste. Pero a él no le importó. «Entiendo perfectamente lo estúpido que parece todo esto. Por eso me hace gracia», escribió Jay.

Jay no era un ludópata degenerado, sino un profesional de treinta y seis años propietario de una casa con piscina en un bonito suburbio de

1. En inglés, «moneda perruna». (*N. del T.*)

2. Jackson Palmer: «My Joke Cryptocurrency Hit \$2 Billion and Something Is Very Wrong», *Vice*, 11 de enero (2018).

Boston y miembro de dos juntas directivas de asociaciones benéficas. Al leer sobre la criptomoneda en Reddit, pensó que, por alguna razón, a otras personas también les haría gracia la broma detrás de Dogecoin. No era una idea descabellada. Durante el confinamiento, millones de personas se descargaron aplicaciones como Robinhood y Coinbase. Con pocos estímulos mentales, pero muchos estímulos monetarios, empezaron a pulsar el botón de COMPRAR. Estos operadores intradía se reunieron en Twitter y Reddit, donde sorprendieron a Wall Street multiplicando por diez el valor de las acciones de GameStop, una empresa minorista por la que nadie daba un duro, y colocando al borde de la quiebra a varios fondos de cobertura que habían apostado en su contra. Y después aplicaron a las criptomonedas esta mentalidad nihilista de comprar por las risas.

Dogecoin reemplazó a los chistes políticos y de padres en el chat del grupo. Jay nos envió un mensaje para informarnos de que Dogecoin ahora patrocinaba a un piloto de la NASCAR. Poco después me enteré de que Elon Musk también hablaba de ello. Cada vez que subía el precio, pasando de un centavo a dos, y después a tres, cinco, más molesto estaba. No porque Jay estuviera ganando dinero y yo no, sino porque sabía que yo tenía razón. Vale, puede que también estuviera un poco celoso.

Unos cuantos días después del primer mensaje de Jay, al abrir *Drudge Report*,³ un sonriente shiba inu me devolvió la mirada desde la página web de noticias: «¡El frenesí de Reddit dispara el valor de Dogecoin! ¡Ahora vale miles de millones!». Jay acabó vendiendo y ganó varios miles de dólares. Y después se burló de mí enviándome selfis desde el parque de atracciones Walt Disney World, unas vacaciones que pagó con los beneficios que había obtenido. «Si me hubierais hecho caso cuando os dije que invirtierais 10 dólares en Dogecoin, ahora todos tendríais 500 dólares más —escribió mi amigo—. ¡Soy el maldito Nostradamus!».

Jay se negaba a admitir que había tenido suerte. Estaba convencido de que su éxito con Dogecoin demostraba sus profundos conocimientos de la psicología de masas. Llegó un punto en el que él pasó pági-

3. «Reddit Frenzy Pumps Up Dogecoin! Now Worth Billions!», *Drudge Report*, 30 de enero (2021).

na, pero yo no. Veía a adeptos de las criptomonedas por todas partes, comportándose como si el aumento de los precios demostrara que eran unos genios. Y cada vez eran más.

Parecía como si todo el mundo menos yo estuviera gastándose sus incentivos o retirando sus planes de jubilación para comprar criptomonedas. Cuando alguien me preguntaba si debía invertir en la nueva tendencia, yo les decía que a mí me parecía algo bastante arriesgado. Pero nadie me hacía caso. Un vecino de mi misma calle, en Brooklyn, ganó lo suficiente para renovar la cocina, y otro se compró una casa fuera del barrio.

Lo peor era que, en teoría, yo era el experto en ese tipo de cosas. Había dedicado buena parte de mi vida profesional a informar sobre estafas en Wall Street y sobre los abusos de las empresas tecnológicas. No puede decirse que fuera un investigador curtido, sino más bien un padre de Brooklyn de treinta y seis años con tres hijos, un monovolumen, una bicicleta de siete marchas y la costumbre de leer comentarios en Internet antes de comprar cualquier cosa, incluso un paquete de pilas doble A. Unos meses más tarde, mi primera tentativa de vigilancia –concretamente, de la oficina de un prestamista de Brooklyn– no terminó demasiado bien: después de afeitarme la barba cuidadosamente para pasar desapercibido, resultó que la oficina estaba en mitad de un barrio lleno de judíos jasídicos de poblada barba. Aunque, en general, puede decirse que se me daba bastante bien escribir sobre estafas. Disfrutaba descubriendo cómo los estafadores explotaban los vacíos legales, desentrañando los contratos falsos y rastreando las empresas fantasma en paraísos fiscales.

Las criptomonedas no me despertaban demasiado interés. Cada vez que surgía el tema en el trabajo, hacía todo lo posible por evitarlo. Me parecía demasiado obvio. Sin embargo, pese a que las monedas eran claramente inútiles, la gente seguía comprándolas. Tenía la sensación de que un periodista escribiendo una minuciosa denuncia de una estafa con criptomonedas era como un crítico gastronómico que escribe una mala crítica de Taco Bell.

No obstante, después de mi encontronazo con Jay, el tema cada vez me desagradaba menos. Quería demostrarles, tanto a Jay como a todo

el mundo, que estaban equivocados. De modo que, al cabo de unos meses, en mayo de 2021, cuando el editor de *Bloomberg Businessweek* se acercó a mi escritorio para proponerme un encargo sobre el sector de las criptomonedas, estaba preparado.

—¿Qué sabes de las monedas estables? —me preguntó.

La respuesta fue clara: no mucho. Pero sabía que se llamaban «monedas estables» porque, a diferencia de las diseñadas para que su precio no dejara de subir, su función era la de mantener un valor fijo de un dólar. Y esto era así porque cada moneda debía estar respaldada por un dólar estadounidense. La criptomoneda estable más importante era Tether.

Tether parecía estar en el centro del mundo de las criptomonedas; cada día cambiaban de manos más tétheres que cualquier otra criptodivisa. Permitía a los operadores mover el dinero de una plataforma a otra y aparcar sus inversiones en un activo estable. Me sorprendió descubrir que, por entonces, había 55 000 millones de tétheres en circulación, una cantidad que lo convertía en uno de los cincuenta bancos más grandes del país. Eso significaba que, supuestamente, la gente había enviado 55 000 millones de dólares a la empresa y, a cambio, había recibido 55 000 millones de tétheres, una moneda recién inventada. Según Tether, los 55 000 millones de dólares estaban depositados en inversiones seguras. Pero, en realidad, nadie sabía dónde estaba exactamente todo ese dinero.

Tras unas cuantas horas investigando en Google, la impresión general que obtuve fue que la empresa era sumamente sospechosa. Uno de sus principales ejecutivos era un cirujano plástico italiano reconvertido en importador de productos electrónicos al que con anterioridad habían pillado vendiendo *software* falsificado de Microsoft. Entre sus fundadores se encontraba uno de los actores infantiles de *Somos los mejores*, una película de Disney sobre el mundo del hockey sobre hielo. En un viejo documento que descubrí en la página web de Tether, encontré una lista con los riesgos asociados al hecho de comprar la criptomoneda.

Según la propia empresa, ésta podía quebrar, o podía hacerlo el banco no especificado que poseía su dinero, o incluso algún gobierno podía llegar a confiscarle sus activos. El último punto de la lista era:

«Podríamos fugarnos con los fondos de reserva». Tomé nota de esto último.

Desconocía qué autoridades eran las encargadas de supervisar a Tether. En un pódcast, un representante de la empresa aseguraba que estaba registrada en la Agencia de Investigación Financiera de las Islas Vírgenes Británicas. Sin embargo, el director de dicha agencia, Errol George, me dijo que ellos no la estaban supervisando. «Ni lo estamos haciendo ahora ni lo hemos hecho nunca», me aseguró.

Hubo muchos críticos que especularon con la posibilidad de que Tether no estuviera respaldada por nada en absoluto. Algunos incluso sugirieron que estaba creando «vales»⁴ de la nada y utilizándolos para apuntalar todo el mercado de criptomonedas. Si los críticos tenían razón, y Tether era realmente un esquema Ponzi que no estaba respaldada por nada, podía ser uno de los mayores fraudes de toda la historia.

Aquello no era una teoría de la conspiración más promovida por gente que detesta Internet. La preocupación alcanzó las más altas esferas del Gobierno estadounidense. Me llevé una gran sorpresa cuando, unos meses después, me enteré de que la secretaria del Tesoro, Janet Yellen,⁵ había convocado a todos los altos funcionarios financieros del país (entre ellos, el presidente de la Reserva Federal y el director de la Comisión de Mercados y Valores) a una reunión para tratar el tema de Tether.

La situación era absurda: la inflación estaba disparada, una nueva oleada de coronavirus amenazaba con echar por tierra la recuperación económica, y Yellen organizaba una reunión para hablar de una moneda digital ideada por un niño que había salido en *Somos los mejores*. La sensación que tuve entonces fue como si una pelea de bolas de nieve en el patio de la escuela se hubiera descontrolado hasta tal punto que era necesario llamar al Estado Mayor para evitar una guerra nuclear.

Los reguladores querían saber dónde estaban los miles de millones de tétheres. Pero también creían que, incluso si Tether era real y tenía

4. Término que puede usarse como sinónimo de criptomoneda o criptoactivos, pero que también sirve para describir a los criptoactivos que se ejecutan sobre la cadena de bloques de otra criptomoneda. (*N. del T.*)

5. Robert Schmidt y Jesse Hamilton: «Tether, Facebook Coin Spur Worry at Yellen's Closed-Door Meeting», Bloomberg, 27 de julio (2021).

unos 55 000 millones de dólares en alguna parte, a aquellas alturas había crecido tanto que estaba poniendo en peligro todo el sistema financiero estadounidense. Su principal temor era que pudiera provocar una estampida bancaria. Si la gente que tenía tétheres empezaba a preguntarse si realmente la empresa poseía esos miles de millones de dólares, cabía la posibilidad de que empezaran a vender los activos, lo que haría aumentar el miedo de que Tether se quedara sin dinero. Así es cómo empezaban todas las estampidas financieras. Y nadie querría ser el último en tener tétheres cuando eso ocurriera.

Si Tether tuviera dinero inmovilizado en inversiones, debería deshacerse de ellas a precio de saldo. Las empresas que tuvieran participaciones en esas mismas inversiones, acabarían sufriendo pérdidas. Eso es precisamente lo que ocurrió en la crisis financiera que hundió la economía estadounidense en 2008, cuando nadie sabía qué fondos habían invertido todo su dinero en hipotecas *subprime* que no valían nada. El pánico se extendió rápidamente por todo el sistema financiero, desatando una estampida tras otra en bancos y fondos de inversión.

«En una situación de pánico financiero, cuando todo se derrumba, la gente espera que el gobierno federal les saque del apuro —me dijo una de las personas que había asistido a la reunión convocada por Yellen—. Si el mercado de las criptomonedas hubiera estado aislado, no habría sido tan grave. Pero los problemas en un mercado se trasladan rápidamente a otros. Y a nosotros nos pagan para que resolvamos este tipo de problemas».

Tether era el tipo de misterio que encontraba interesante. Y, además, era bastante plausible que fuera la fuerza misteriosa que estaba provocando que los precios de las criptomonedas alcanzaran cotas cada vez más altas. Si se acababa descubriendo que Tether era un fraude, probablemente la burbuja estallaría y los precios de todas las criptomonedas se desplomarían. También el de Dogecoin. A «Nostradamus» no le quedaría más remedio que admitir que yo tenía razón. De modo que me puse a buscar el dinero de Tether.

Costaba creer que la gente hubiera puesto 55 000 millones de dólares reales en manos de una empresa con un montón de señales de alarma. No obstante, todos los días, los operadores compraban y ven-

dían tétheres en las plataformas de criptodivisas como si éstos fueran tan fiables como el propio dólar. De hecho, el volumen de negocio era tan grande que algunos días cambiaban de manos más de 100 000 millones de dólares en tétheres. Parecía que las personas que tenían más que perder confiaban ciegamente en Tether, y yo quería saber por qué.

Afortunadamente, en junio de 2021, doce mil fanáticos cripto⁶ iban a reunirse en Miami en la que se publicitó como la mayor conferencia de criptomonedas de la historia. Entre los ponentes estaba Ron Paul, Jack Dorsey, cofundador de Twitter, y, de forma inexplicable, el *skater* Tony Hawk. ¿Quién podría resistirse?

6. Jonathan Levin: «Wall Street's Crypto Embrace Shows in Crowd at Miami Conference», Bloomberg, 7 de junio (2021).

CAPÍTULO DOS

La tecnología detrás de «el precio siempre sube»¹

Carl Hiaasen, escritor de novelas policíacas oriundo de Florida, escribió una vez lo siguiente acerca de su estado natal: «Son tantas las oportunidades para la depredación que toda la gentuza intrigante del país ha pasado por aquí en algún momento u otro».² En sus libros, «la gentuza intrigante» está compuesta por policías deshonestos, políticos corruptos y traficantes de cocaína, los cuales han financiado buena parte de los rascacielos de Miami. No obstante, muchos de los asistentes a Bitcoin 2021, la conferencia sobre criptomonedas a la que había venido a asistir, encajaban en esa descripción.

Antes de llegar, era muy escéptico respecto al mundo de las criptodivisas, y lo que había descubierto sobre Tether no había colaborado a disipar mis dudas. En Miami, sin embargo, estaría rodeado de auténticos creyentes, de aquellos que estaban intentando popularizar el uso de las criptomonedas y atraer grandes cantidades de dinero, tanto por parte de inversores institucionales como de particulares. Según aseguraban ellos mismos, la «tecnología de la cadena de bloques» que la sustentaba

-
1. Traducción de la expresión en inglés «number go up», que además da título al libro en su versión inglesa. La expresión es una abreviatura divertida que ha surgido dentro de la criptocomunidad para describir el comportamiento estable en el incremento del precio de las criptomonedas. (*N. del T.*)
 2. Carl Hiaasen: *Skinny Dip*, n.º 37, Grand Central Publishing, Nueva York (2005).

no tardaría en convertirse en el mecanismo que impulsaría el resto de transacciones financieras.

La conferencia debía versar exclusivamente sobre Bitcoin, la primera criptodivisa y la más importante, pero como se trataba de uno de los primeros eventos a gran escala desde que estaban disponibles las vacunas contra el Covid-19, supuse que asistirían las personas más relevantes del sector. Mi plan consistía en escuchar educadamente cómo un grupo de fanáticos cripto presentaban sus aplicaciones y, después, preguntarles qué sabían acerca de Tether.

Cuando llegué al centro de convenciones Mana Wynwood, el recinto con aspecto de almacén que albergaba el evento, vi a miles de personas esperando fuera bajo un Sol abrasador. La cola para entrar serpenteaba durante, por lo menos, un kilómetro y medio, pasando por delante de un llamativo mural de una rata de dibujos animados y otro de un payaso con ojos de insecto que lloraba. Los asistentes llevaban camisetas con lemas cripto como, por ejemplo, «Have fun staying poor or hodl»,³ un meme que aboga por la necesidad de conservar las criptomonedas derivado de un error tipográfico de la palabra «hold». Algunos llevaban camisetas para promocionar sus monedas favoritas, cuyos nombres parecían pensados para atraer la atención de la forma más estúpida posible. Durante la conferencia, el precio de una moneda llamada CumRocket⁴ se cuadruplicó después de que Elon Musk tuiteara un trío de emojis (un chapoteo, un cohete y una luna) que parecían hacer referencia a ella.

El ambiente era más parecido al de un carnaval que a una conferencia sobre tecnología. Cerca de la entrada, vi un contenedor de basura lleno de bolívares venezolanos con la inscripción «Cash is trash»⁵ pegada en uno de sus lados. Habían instalado una rampa para que Tony Hawk hiciera una exhibición de sus habilidades con el monopatín. En el interior del recinto, vi modelos con el cuerpo pintado con el logotipo de Bitcoin paseándose por delante de stands que anunciaban empresas de criptomonedas, relojes de lujo y clubes nocturnos de

3. «Disfruta siendo pobre o no vendas». (*N. del T.*)

4. Anthony Cuthbertson: «Elon Musk Sends Adult-Themed Crypto Price ‘to the Moon’ After Tweeting Explicit Emoji», *Independent*, 5 de junio (2021).

5. «El dinero en efectivo es una basura». (*N. del T.*)

Miami. Casi nadie llevaba mascarilla. Para pasar inadvertido, tuve que quitarme la mía. Un olor acre a colonia lo impregnaba todo. Lo cual era casi un alivio; mientras pudiera olerla, significaba que, probablemente, aún no tenía el coronavirus.

No era ninguna casualidad que la ciudad encargada de albergar aquel extraño evento fuera Miami. Francis Suárez, el alcalde de la ciudad, de cuarenta y tres años, fue el primero en dirigirse al público. Subió al escenario mientras sonaba una estridente música tecno y se detuvo delante de un gigantesco logotipo naranja con la «B» de Bitcoin. Llevaba puesta una camiseta de cosecha propia en la que podía leerse «How can I help»⁶ con letras de neón al estilo *Corrupción en Miami*.

«En esta ciudad entendemos perfectamente qué significa ser la capital del capital —dijo—. Significa ser la capital de Bitcoin».

Suárez declaró⁷ que quería pagar a los empleados municipales en bitcoins,⁸ aceptar la criptomoneda en el pago de multas e impuestos, e incluso que la ciudad invirtiera en ella. FTX, la plataforma de criptomonedas de Sam Bankman-Fried, estaba pagando 135 millones de dólares por los derechos del nombre del pabellón de los Miami Heat, equipo de la NBA propiedad de la ciudad. Según Suárez, ese dinero se destinaría a financiar programas contra el uso de las armas de fuego y fomentar empleos de verano para adolescentes.

El alcalde equiparó a los escépticos de Bitcoin con los escépticos de su ciudad, a quienes les encantaba chingarle con el tema del cambio climático señalando que las calles de Miami se inundaban incluso cuando hacía Sol. Curiosamente, esa misma semana, el Cuerpo de Ingenieros del Ejército estadounidense publicó un informe en el que se recomendaba la construcción de un enorme dique de más de siete

6. «Cómo puedo ayudar». (*N. del T.*)

7. El alcalde estaba tan interesado en las criptomonedas que más tarde promovería algo llamado MiamiCoin. Suárez perdió unos 2500 dólares cuando el precio se desplomó. En Joey Flechas y Vinod Sreeharsha: «MiamiCoin Trading Halted. After Price Tanked, Mayor Francis Suarez Lost About \$2,500», *Miami Herald*, 22 de marzo (2023).

8. Jonathan Levin: «Miami Mayor Says Plan Advancing to Pay City Employees in Bitcoin», Bloomberg, 12 de octubre (2021).

metros de altura en la bahía de Biscayne,⁹ lo que bloquearía las vistas del océano desde el distrito financiero de la ciudad. «¿Vosotros veis agua por aquí? No lo sé, pero yo no veo ni una gota», bromeó Suárez ante la multitud asistente.

Los oradores que hablaron después de él se mostraron tan entusiasmados con Bitcoin que hicieron que Suárez pareciera pesimista. Algunos dijeron que permitiría las transferencias de dinero gratuitas e instantáneas, lo que vendría a sustituir a MasterCard y Visa. Otros aseguraron que posibilitaría el acceso al sistema financiero a los millones de personas de todo el mundo que no tenían una cuenta corriente. Bitcoin parecía no tener límite. Un creador de contenidos la denominó «la primera institución monetaria y social incorruptible hecha por el hombre» y dijo que era «potencialmente el invento más importante de la historia de la humanidad».

Muchos de los ponentes arremetieron contra los bancos centrales y la inflación. Su bestia negra era el «dinero fiduciario», es decir, el dinero impreso por los bancos centrales; en otras palabras, prácticamente todo el dinero que ha existido en los tiempos modernos. Este tipo de dinero era el culpable de todos los males de la sociedad, desde la inflación a la guerra o la desnutrición, y reclamaban un retorno a la época en que el dinero estaba respaldado por activos tangibles (pese a que prácticamente todos los economistas están convencidos de que eso provocaría crisis financieras recurrentes). La única diferencia era que, esta vez, Bitcoin desempeñaría el papel tradicional del oro.

«Bitcoin lo cambia absolutamente todo», dijo Jack Dorsey, quien habló desde el escenario con una camiseta con el dibujo decolorado de una corbata, la cabeza rapada y barba de gurú.

Los oradores de Miami hicieron que Bitcoin pareciera algo complejo y revolucionario, prácticamente divino. Su naturaleza incomprensible era casi un argumento de venta. Los adeptos equiparaban el momento en que finalmente se entendía qué era Bitcoin con un despertar religioso. Todo aquel bombo y platillo me dejó aún más confundido

9. Patricia Mazzei: «A 20-Foot Sea Wall? Miami Faces the Hard Choices of Climate Change», *New York Times*, 2 de junio (2021).

sobre qué era exactamente un bitcoin o cómo funcionaba la cadena de bloques. Pero no me di cuenta hasta más tarde de que el funcionamiento de las criptomonedas no era tan complicado como parecía, al menos por lo que se refería a los elementos más importantes.

Una cadena de bloques no es más que una base de datos. Imagina una hoja de cálculo con dos columnas: en la columna A hay una lista de personas, y en la columna B hay un número que representa cuánto dinero tienen cada una de esas personas.

<u>Columna A</u>	<u>Columna B</u>
ZEKE	0,647
SBF	1 000 000

En la cadena de bloques de Bitcoin, los números de la columna B representan bitcoins. Y las personas de la columna A, en lugar de nombres, se identifican con cadenas de caracteres aleatorios. Eso es todo. Los bitcoins no son más que eso: números en una hoja de cálculo. No hay nada más. Sin la hoja de cálculo, los bitcoins no existen. Si estuviéramos hablando de la cadena de bloques de Dogecoin, por ejemplo, los números de la columna B representarían dogecoines. Los téthers también son simplemente números en una hoja de cálculo como la que aparece más arriba. (Técnicamente, una cadena de bloques es una lista de todas las transacciones realizadas, las cuales se compilan mediante un *software* en una hoja de cálculo muy parecida a la anterior). En la siguiente sección se detalla cómo funciona esto exactamente. Aunque prometo hacer todo lo posible para que resulte interesante, si quieres puedes saltártela; ya eres todo un experto en Bitcoin y las cadenas de bloques.

Las listas de dos columnas como la de la página anterior siempre han sido uno de los elementos fundamentales del sistema financiero. Ésa es precisamente la función principal de un banco: llevar la cuenta del dinero que tiene cada cliente. Ésta es una de las lecciones que aprendí hace años de una de las fuentes más infravaloradas del universo financiero: el programa de televisión *Saturday Night Live*.

El *sketch* en cuestión empieza con un banquero regordete con chaleco y el pelo engominado y peinado hacia atrás dirigiéndose a una sala de juntas llena de empleados mientras de fondo suena el *Himno a la alegría* de Beethoven. Uno de los empleados es Will Ferrell, el cual lleva bigote de manillar y hace todo lo posible por contener la risa. Entornando los ojos tras sus gafas redondas, el banquero explica que lo que está diciendo es la ley más importante de Wall Street: «Haremos una lista de nuestros clientes y del dinero que nos ha dado cada uno de ellos –dice–. Guardaremos la lista en un lugar seguro». Los empleados asienten con semblante serio. El banquero reitera la importancia de la lista. «Debemos proteger especialmente la lista con el nombre de cada cliente y la cantidad de dinero que ha invertido –continúa–. Si perdiéramos esa lista, estaríamos perdidos». Entonces añade otra norma: «Si llama mi mujer mientras me estoy tirando a mi secretaria, decídele que estoy en una reunión del consejo de administración. Así podré seguir tirándome a mi secretaria sin que mi mujer se entere».

El *sketch* es gracioso porque es verdad: si un banco perdiera la lista, se enfrentaría a graves consecuencias. Y aunque los bancos suelen proteger muy bien ese tipo de listas, las periódicas crisis financieras a lo largo de la historia nos enseñan por qué no es recomendable confiar los ahorros de toda una vida a un financiero egoísta que se está tirando a su secretaria.

Con la innovación técnica de la cadena de bloques, los clientes pueden agruparse y mantener la lista ellos mismos, sin la intervención de ningún banquero. Si quiero transferir 1000 bitcoins de mi cuenta a la cuenta de otra persona, no necesito ponerme en contacto con ningún banquero. En lugar de eso, mi ordenador transmite la transacción a todos los ordenadores que gestionan la red Bitcoin, enviando a los demás usuarios un mensaje parecido a este: «Oye, estoy transfiriendo 1000 bitcoins a otra cuenta».

Pero ¿de dónde surgió esta idea? Bitcoin, la criptomoneda de referencia, nació en Halloween de 2008, en el momento álgido de la crisis de las hipotecas *subprime*, justo después de la quiebra de Lehman Brothers, el famoso banco de inversión. Todo empezó cuando una persona o grupo conocido como Satoshi Nakamoto publicó un mensaje en una lista de

correo electrónico sobre criptografía. «Una versión estrictamente entre pares de dinero electrónico permitiría que los pagos en línea se enviaran directamente de una parte a la otra sin necesidad de pasar por el filtro de una institución financiera», propuso Nakamoto.

Aunque la identidad de Nakamoto era un misterio, su idea atrajo la atención de libertarios, fanáticos de la tecnología y seguidores del movimiento *cypherpunk*, quienes vieron en Internet una forma de crear mercados libres que estuvieran fuera del control de los gobiernos. Les atraía especialmente que las transacciones fueran más o menos anónimas. La idea de Nakamoto se difundió a través de listas de correo sobre criptografía, tableros de mensajes y otros sistemas oscuros de Internet. Varios codificadores y criptógrafos se ofrecieron para ayudarlo a desarrollar el *software* de código abierto de Bitcoin. Entonces, en 2011, las comunicaciones de Nakamoto cesaron abruptamente, y los voluntarios se hicieron cargo del mantenimiento de la red. Nunca más se supo de Nakamoto.

Bitcoin dependía del trabajo realizado por voluntarios debido precisamente al sistema que Nakamoto había ideado para proteger la lista. El problema era que alguien podía intentar gastar dos veces los mismos bitcoins. ¿Cómo? Pues, sencillamente, cortando y pegando el dinero.

La solución que utiliza Bitcoin para evitar este «problema del doble gasto» se denomina «minería», un sistema increíblemente complicado y confuso. Además, consume tanta electricidad que la Casa Blanca ha advertido de que podría impedir a EE. UU. frenar el cambio climático, algo que parece sacado de la película de ciencia ficción distópica más aburrida que se haya hecho nunca.

Intentaré explicarlo de la forma más sencilla posible: una vez que llegan suficientes mensajes sobre transacciones, unos ordenadores de la red llamados mineros compilan el lote en lo que se conoce con el nombre de «bloque», confirmando que, efectivamente, tengo 1000 bitcoins y que no se los he enviado ya a otra persona. A continuación, formalizan el bloque y lo añaden a la lista de bloques existente: la cadena de bloques.

No obstante, estos mineros no se limitan a emitir un voto para certificar que las transacciones son válidas. Eso exigiría confiar en un sistema de recuento de votos. En su lugar, los mineros tienen que com-

petir en un increíblemente complicado juego de acertijos para generar un número aleatorio. En 2023, las probabilidades de acertar eran de 75 sextillones a 1.¹⁰ El minero ganador publica el bloque y actualiza el registro, además de obtener una recompensa de seis bitcoins y cuarto completamente nuevos,¹¹ salidos directamente del éter. La dificultad del juego aumenta paulatinamente a medida que participan en él más mineros.

Durante los primeros años no había mucho más que hacer con los bitcoins aparte de dedicarse a la criptominería. La gente lo hacía en sus ordenadores personales. Era un *hobby* para friquis, como el maquetismo de trenes o la radioafición. El precio de un bitcoin rondaba el cero.

Sin embargo, en 2011, apareció una página en la web oscura que aprovechaba el aparente anonimato de Bitcoin. Se llamaba Silk Road y era una especie de eBay de las drogas, donde los vendedores ofrecían marihuana, heroína, éxtasis y cocaína, las vendían a cambio de bitcoins y las enviaban por correo ordinario. «Tenía la sensación de estar en el futuro»,¹² le dijo uno de los primeros clientes a un periodista tras comprar 100 microgramos de ácido en Silk Road por 50 bitcoins.

Silk Road fue la primera aplicación comercial de Bitcoin. Los consumidores de drogas no se hicieron con un equipo informático para dedicarse a la minería y poder acceder a la droga a través de la web oscura, sino que compraban bitcoins a cambio de dinero en efectivo mediante rudimentarios intercambios. La demanda provocó que el precio empezara a subir.¹³

10. Matt Levine: «The Crypto Story», *Bloomberg Businessweek*, 31 de octubre (2022). Lectura recomendada para todos aquéllos interesados en aprender más sobre el funcionamiento de las criptomonedas.

11. Gabriel J. X. Dance, Tim Wallace y Zach Levitt: «The Real World Costs for the Digital Race for Bitcoin», *The New York Times*, 9 de abril (2023).

12. Adrian Chen: «Underground Website Lets You Buy Any Drug Imaginable», *Wired*, 1 de junio (2011).

13. Los fiscales alegaron que Silk Road generó ingresos por valor de 9,5 millones de bitcoins. En aquel momento, existían menos de 12 millones de bitcoins. Tim Fernholz: «Silk Road Collected 9.5 Million Bitcoin—and Only 11.75 Million Exist», *Quartz*, 2 de octubre (2013).